

de combatir á los sarracenos, y por esto habia sido excomulgado ya la primera vez. Pero despues que fué absuelto de las censuras, se le vió muy luego añadir á los crímenes que habia abjurado otros crímenes todavia mayores; no temió atacar las ciudades del territorio de la Iglesia y suscitar las dos facciones de Güelfos y Gibelinos que hasta despues de mas de doscientos años de guerras civiles no fueron extinguidas; llegó hasta el punto de dar á los sarracenos algunas plazas de la magistratura y cederles la ciudad que por eso fué llamada Luceria de los Sarracenos; despojaba las iglesias y los monasterios; oprimia con la mas dura tiranía á los sicilianos; estraviaba con sus conversaciones al sobrino del rey de Tunez que habia ido á Palermo á pedir el bautismo; obstruia los caminos en Roma, y retenia en la cárcel á los cardenales y á otros prelados que él habia arrestado. En estas circunstancias y por estas causas pronunció el Papa contra él la excomunion por segunda vez (1).

Federico, á quien los rigores de la Iglesia solo inspiraron venganza, sirvióse, para satisfacerla, de un ardid, que podrá dar una idea tanto de su espíritu artificioso, quanto del esceso á que se llevó el abuso de la feudalidad (2). Llamó de Roma á los Frangipanes con otros romanos ilustres y poderosos de quienes estaba seguro, hizo valuar quanto tenian en la ciudad en casas, jardines y otras tierras, y se lo compró devolviéndoselo luego á título de feudo. Habiendo vuelto á Roma estos nuevos y estraños vasallos, sublevaron el pueblo contra el Papa, fueron á insultarle á San Pedro, mientras la celebracion de la misa, con clamores y amenazas tan terribles que el Pontífice se vió

(1) Labbe, t. 11, p. 390.

(2) Usperg, pag. 323.

obligado á buscar su seguridad fuera de Roma.

Tuvo despues el emperador una grande asamblea para arreglar los asuntos de Sicilia durante su viaje ultramarino, que las murmuraciones de toda la cristiandad le forzaron por último á emprender. Vedóle el Papa mezclarse en una guerra santa estando excomulgado; mas Federico no se detuvo en embarcarse, y despues de una navegacion bastante feliz llegó al puerto de Acre el 7 de setiembre de 1228, aunque con un ejército casi aniquilado por sus dilaciones multiplicadas, y por las enfermedades que le asaltaron antes de su partida. Fué entre otros victima de ellas Luis, landgrave de Turingia, el mas poderoso de los príncipes alemanes que habian tomado la cruz. Para colmo de reveses, envió al Papa dos frailes menores en seguimiento de Federico, con órden al patriarca de Jerusalem de denunciar este príncipe excomulgado, y prohibir á los caballeros del Temple, del Hospital y órden Teutónico le obedeciesen.

No obstante, tuvo la fortuna de que Coradino, sultan de Siria y el mas peligroso enemigo de los cristianos, acababa de morir, y Meledino su hermano, sultan de Egipto, no queria la guerra. Envióle el emperador embajadores con presentes, y le ofreció la paz si queria entregarle el reino de Jerusalem. El sultan consintió en poner en sus manos esta ciudad; pero toda demantelada, y bajo de otras condiciones aun mas duras y tan vergonzosas que los cristianos del pais rehusaron acceder á ellas. No por esto dejó Federico de hacer su entrada en esta ciudad, siendo este el último príncipe de Europa que se presentó en ella como soberano. Dirigióse con pompa régia al Santo Sepulcro acompañado de los caballeros teutónicos, y de gran número de pueblo y nobleza; pero no encontró un solo obispo para darle la corona, y así se vió

obligado á tomarla por sí mismo del altar. Así, aunque hacia mas de diez y ocho años que Juan de Briena habia sido coronado y reconocido como rey de Jerusalem y que por sus talentos, sus triunfos y sus trabajos se habia mostrado digno de este honor, mientras venia á Europa á solicitar y reunir los socorros de los príncipes cristianos, Federico su yerno, uniendo la bajeza á la crueldad, se apoderó de su trono. Al saber esta usurpacion tomó Juan de Briena el partido de permanecer en Italia; y entonces el Papa, compadecido de este rey despojado, le dió primero el gobierno de muchas tierras de la Iglesia romana, y despues, como ya habemos dicho, el mando de sus tropas. Federico marchó al dia siguiente por la mañana para volverse á Acre, sin haber hecho para la seguridad de la plaza otra cosa que exhortar á la nobleza á fortificarla. No obstante, escribió cartas triunfantes á Europa, y encareció su espedicion con un énfasis que el patriarca de Jerusalem no tardó en desmentir.

Entretanto, como de órden de Federico se hacia la guerra al Papa en Italia, el rey Juan de Briena, á quien el Papa Gregorio habia puesto á la cabeza de las tropas de la Iglesia, tomó á los tenientes del emperador las mejores plazas en el reino de Nápoles. Rainaldo, duque de Espoleto, que mandaba el ejército imperial, habia hecho ya una irrupcion en el patrimonio de San Pedro, trayendo de Sicilia sarracenos sujetos al emperador que ejercieron impiedades y crueldades inauditas. En efecto, Federico, de quien se creia constantemente estaba en inteligencia con estos enemigos del nombre cristiano, habia tratado de atraerlos á sus Estados de Italia y les habia dado la ciudad de Luceria ó Nocera que ellos habitaban exclusivamente; allí se celebraba como fiesta el viernes, y el islamismo se mostraba allí paladinamente; casi todos los oficiales

de su hijo Manfredo eran musulmanes. Así pues, habiendo los infieles invadido ya todas las partes que entonces se conocian del Asia y del Africa, ocupando además la mitad de la España y amenazando á toda la Europa, ¿podia el Padre comun de los fieles ver sin espanto establecidos ya los sarracenos á solo algunas jornadas de Roma? ¿no debia parecerle un lobo cubierto con piel de oveja el príncipe que allí los mandaba? El Papa, despues de haber empleado inútilmente los rayos de la Iglesia, juzgó que era necesario rechazar la fuerza con la fuerza, y confió para esto un cuerpo numeroso de caballería y de infantería á Juan de Briena. Como se trataba de defender las posesiones de la Santa Sede, se llamaron estas tropas ejército de la Iglesia, y pretendian servir á la Religión como los cruzados; pero en lugar de cruz traian sobre sus vestidos las llaves, que son el simbolo de la potestad pontificia. El rey titular de Jerusalem hizo esta guerra á la manera bárbara del Oriente, ó por mejor decir, con el furor que le inspiraba la naturaleza ultrajada en su persona por el emperador su yerno; pero el Papa procuró moderarle. «Dios, le dijo, quiere conservar la libertad de su Iglesia; mas no quiere que los que tienen el encargo de defenderla se muestren sedientos de sangre, ni que trafiquen con la libertad de sus hermanos. Tratemos á nuestros prisioneros con una generosidad que á los hijos estraviados los vuelva al gremio de la Iglesia su madre (1).»

Con todo, enviaron á decir al emperador, que en tanto que él combatia los enemigos del nombre cristiano, el gefe de la Religión invadia sus dominios, y que sus vasallos de Italia eran víctimas de los tratamientos mas atroces. Apresuróse pues á concluir una tregua de diez años con Me-

(1) Matth. Par. ann. 1229.

ledino, y sin asegurar con las convenientes garantías su ejecucion aceleró su vuelta á Europa. Tambien pretendió que su propia persona no estaba segura en Palestina. Mateo Paris, autor contemporáneo pero muy amigo de murmurar, acusa á los caballeros del Hospital, y mucho mas á los del Temple, de haber dado aviso al sultán de Egipto de un viaje que por devocion hacia Federico á pié y con poco séquito al rio Jordan. Añade, que indignado el sultán de semejante perfidia, de la que no quiso aprovecharse, puso en noticia de Federico los autores; que este disimuló esperando sazon conveniente para vengarse, y que tal fué el origen de su odio contra los templarios. Bastó en Italia su sola presencia para disipar las tempestades que se formaban contra él. En poco tiempo recuperó todas las plazas que sus tenientes dejaron tomar; pero lo que fué mas interesante, y causó tanta mas alegría cuanto menos se esperaba, hizo las paces con el Papa en el año siguiente y recibió la absolucion de las censuras. Volvió Gregorio IX poco despues á entrar en Roma, cuyos ciudadanos se esforzaron en reparar sus faltas redoblando su respeto al Papa. Dicen que los movió á hacerlo así una terrible inundacion del Tiber, despues de la cual quedó en la ciudad una enorme multitud de descomunales serpientes que llenaron de espanto todos los cuarteles y atormentaron á los romanos con sus mordeduras venenosas (1).

Juan de Briena, que de Italia habia pasado á Francia, fué llamado al imperio de Constantinopla. El emperador Roberto de Courtenai habia muerto en el año de 1228, dejando por sucesor á su hermano Balduino, segundo de este nombre, de edad cuando mas de once años. Para gobernar el imperio durante su menor edad creyeron los

(1) Ric. S. Germ. pag. 1005.

francos de la Romanía que no podian hacer cosa mas acertada que recurrir al rey desposeido de Jerusalem, el cual conocia las costumbres y los intereses del Oriente. Conviniéron en que una hija jóven que tenia todavia, á pesar de que él llegaba casi á los ochenta años, casaria con el jóven Balduino luego que uno y otro estuviesen en estado de casarse, y que el padre de la princesa seria entretanto coronado emperador y conservaria toda su vida el título y la autoridad (1229).

El landgravé de Turingia, á quien solo la muerte pudo impedir el pasar con el emperador Federico á Palestina, dejó viuda en la edad de veinte años á Isabel, hija de Andres, rey de Hungría, princesa de acendrada virtud, uno de los modelos mas bellos de su siglo y que la Iglesia ha propuesto solemnemente para la imitacion y el culto de los siglos siguientes (1). Desde la edad de catorce años fué educada en la corte de Turingia, donde su temprana virtud produjo copiosos frutos de edificacion y movió á imitarla, especialmente al jóven esposo que la estaba destinado. Su inagotable caridad y su heroica paciencia son las dos virtudes que mas la distinguen en su vida. Alimentaba habitualmente á nueveientos pobres todos los dias. En una hambre que afligió la Alemania el año 1225, hizo distribuir á los pobres todo el trigo que se habia recogido de sus tierras; y quejándose los ministros al landgravé de esta que llamaban disipacion, «dejadla obrar, dijo el príncipe, digno en verdad de semejante esposa; dejadla, pues estoy seguro de que el Señor me acrescentará los bienes que ella gaste con los pobres.» Para comodidad de los ancianos y enfermos que no podian ir fácilmente á buscar la subsistencia á su palacio de Vartberg, situó so-

(1) Hist. Landgr. cap. 40 et seq.; Bonav. Serm. de S. Elis.

bre una alta montaña, hizo edificar al pie de esta un hospital, á donde bajaba ella misma y los servia con sus propias manos; y como si todos sus cuidados y sus bienes no fuesen suficientes, se ocupaba de continuo en hilar lana y en otros trabajos groseros á fin de proveerles de vestidos.

Muerto su esposo, el cual la dejó un hijo y dos hijas, Enrique su cuñado se puso en posesion del Estado con perjuicio de sus herederos legítimos; luego arrojó á la madre, despojada de todo y reducida á retirarse á una mala posada cerca de la ciudad de Eisenac, porque nadie se atrevia á darle acogida, temiendo irritar al príncipe reinante. Para colmo del dolor la enviaron sus tres hijos, con los cuales vivió algun tiempo en una indigencia é incomodidades tales que hicieron brillar toda su admirable paciencia. Cuando este infortunio llegó á oídos de sus ilustres parientes y sobre todo del rey su padre, todos se dieron prisa á hacerla olvidar con las pruebas de su ternura unos ultrages tan poco merecidos. Hasta el mismo usurpador Enrique, confuso del contraste que formaba su bárbara inhumanidad con la dulzura angelical de la princesa, la volvió á llamar al palacio de Vartberg, y se esmeró en indemnizarla de todo cuanto habia sufrido. Mas Isabel, contenta de que cuidasen de sus hijas y de su hijo Herman, que en lo sucesivo recobró los Estados de su padre, manifestó fijar sus delicias en la humillacion, se estableció en una casa sencilla, y se consagró enteramente á las obras de caridad. Abrazó ademas la regla de la orden tercera de San Francisco, establecida algunos años antes, y confirmada despues por el Papa Nicolao IV.

Era esta una asociacion en que los piadosos fieles de uno y otro sexo, aun los ligados con el vínculo matrimonial, sin dejar sus profesiones y casas, seguian una regla dada por San Francisco, y podian aspirar á

la perfeccion de la vida religiosa sin practicar todas sus austeridades (1). Su vestido consistia en un hábito pardo y modesto, con un ceñidor lleno de nudos, y eran llamados los hermanos de la penitencia. Lucbesio, comerciante genovés, apasionado en otro tiempo á la faccion de los güelfos, los cuales con los gibelinos principiaban á desolar la Italia, fué el primero que abrazó esta vida penitente. No la practicó largo tiempo Santa Isabel, porque el cielo quiso coronar pronto sus virtudes ya consumadas, á pesar de no contar mas que veinte y cuatro años. Antes de cuatro despues de su fallecimiento fué canonizada por una bula de primero de junio de 1255, que manda celebrar la fiesta el 19 de noviembre, dia de su muerte.

Tuvo una tia y una prima hermana que son tambien contadas en el número de las Santas (2). Santa Eduvigis su tia, hija del duque de Carinthia, como la madre de Isabel, y esposa de Enrique el Barbudo, duque de Polonia y de Silesia, desde el principio de su matrimonio, que contrajo á la edad de trece años, guardó la continencia en cuanto la fué posible. Así que vió asegurada la sucesion en la casa de su marido por el nacimiento de algunos hijos, le hizo consentir en guardar continencia perpétua, á la que se obligaron con voto, con aprobacion y bendicion solemne del obispo. Vivió el duque como un religioso, sin haber hecho profesion de tal, dejando crecer su barba cual los frailes conversos, de donde le vino el sobrenombre de Barbudo. Habiéndole inducido la duquesa á fundar cerca de Breslau en Silesia el monasterio de Trebnitz para religiosas del Cister, fijó allí su residencia la duquesa, aunque fuera de la cerca del monasterio, tomando así el hábito sin hacer la profesion, á fin de com-

(1) Vading. not. in regul. tert. Ord.

(2) Sur. 15 Oct.

servar la libre disposición de sus bienes en favor de los pobres. Allí ofreció á Dios á su hija Santa Gertrúdis, que luego llegó á ser abadesa, y se hizo muy célebre por los favores extraordinarios con que la distinguió el cielo.

Florece por el mismo tiempo San Antonio de Pádua, el mas ilustre de los frailes menores despues del santo fundador de esta orden (1). Nació en Lisboa, en Portugal, y recibió en el bautismo el nombre de Fernando. A la edad de quince años entró en el orden de San Agustín, esto es, en los canónigos reglares, en los cuales descollaba por su amor al estudio de las letras sagradas, cuando llevaron á Portugal las reliquias de los cinco frailes menores que habian sido martirizados en Marruecos. Concibió un deseo ardiente de sacrificarse como ellos por la fé, y resolvió abrazar su vida apostólica, como la mas adecuada para abrirle la senda del martirio. Habiendo tomado secretamente todas sus medidas para la ejecución, recibió al punto el hábito de mano de algunos de ellos á quienes habia comunicado su secreto y encargádoles le llamasen en lo sucesivo Antonio (1221), para así mantenerse oculto. Obtuvo el permiso de pasar á Africa, y en efecto pasó; pero Dios le destinaba, no á padecer el martirio, sino á mantener el espíritu apostólico en un seminario entero de mártires, esto es, en la nueva orden cuya profesion abrazó, y á hacer florecer las virtudes de los primeros fieles en el centro del mundo cristiano. Apenas pasó el mar, le acometió una enfermedad tan grave y tan rebelde, que le obligó á reembarcarse para España. Pero tampoco era éste el lugar que Dios le tenia señalado; los vientos contrarios le condujeron á Italia, donde permaneció lo restante de sus dias.

Elias, depuesto por San Francisco, ha-

(1) Belland. 13 jun.

bia sido restablecido por el mismo Santo, el cual se persuadió despues que era suficiente esta humillacion para con un hombre dotado por otra parte de talentos muy propios para el gobierno de su orden, y aun le sucedió en toda la plenitud de autoridad que tenia el santo fundador, el cual durante su vida solamente tuvo vicarios generales. Pero si Elias se contuvo mientras su ministerio permaneció subordinado de ese modo á la inspeccion de un Santo, luego que se vió libre de este freno, dió rienda suelta á sus primeras inclinaciones diametralmente opuestas á la evangélica simplicidad de Francisco. Tomó para su uso privado una parte de las limosnas hechas á los frailes, se echó un buen caballo y criados; tomó la costumbre de comer separadamente en su cuarto donde tenia una comida espléndida; y llegó hasta decir claramente que el método de vida de San Francisco no era practicable para una multitud de religiosos que no todos podian ser tan santos como él. Y como tenia el arte de ganar los corazones, atraía el mayor número á su partido y contenía á los demas con el temor de su despotismo.

San Antonio fué casi el único que se atrevió á oponerse enérgicamente á esta subversion del instituto, lo que le hizo ser el blanco de toda especie de malos tratamientos. Por poco no le encarcelaron como un cismático que promovía la division de la orden. Sin embargo, halló medio de poder hacer el viaje á Roma, burlando la vigilancia de los espías que Elias habia puesto para que le detuviesen en el camino, y llegó con felicidad por sendas escusadas. Recibióle con los brazos abiertos el Papa Gregorio que conocía su sabiduría y veneraba su santidad, y se condolió de ver tan lastimosamente trastornado el edificio de Francisco á los solos cuatro años despues de su muerte. Citó á Elias á su tribunal: hizo constar la verdad de las quejas dadas contra él, le declaró privado del

ministerio general, y al punto mandó eligiesen quien le sucediese. No obstante, encontramos una bula pontificia espedita ó confirmada en este mismo año, en que se interpreta la regla y testamento de San Francisco, el cual se habia declarado tan fuertemente contra esta clase de glosas. En ella se trata particularmente de la propiedad de los frailes menores, objeto de discusion en que veremos emplearse por mucho tiempo la sutileza escotística y agitar algunas veces la gravedad romana. Antonio, á quien se confirió el gobierno de la orden, sin perder el tiempo en estas sutilezas contenciosas, no se ocupó mas que en hacer florecer con exacta regularidad aquel amor y cultura de las letras que principió desde entonces á distinguir á sus hermanos, acusados de ignorancia antes de esta época.

Empero el amor á la oracion y el ministerio apostólico tenían para él mucho mas atractivo que los cuidados del gobierno. Hizo que le exonerasen de toda superioridad el capítulo general y el Papa, y fué á establecer su domicilio en Pádua. Logró tantos frutos de salvacion en menos de un año, y se hizo tan famoso en toda aquella gran ciudad, que se le dió el nombre de ella. Todos los dias de la Cuaresma predicaba, y sus sermones aumentaban el ansia de sus oyentes por el pasto evangélico. A bandadas venian de los lugares circunvecinos, caminando de noche y disputándose la preferencia del paso por encontrar puesto. Llegó á ser tan grande el concurso, que siendo ya las iglesias muy estrechas, se vió obligado á predicar en campo raso. Durante el sermón estaban cerradas las tiendas. Viéronse hasta treinta mil personas, todas tan atentas como las que estaban junto al púlpito. Hablaba con un fuego, con una unción y dignidad, que mas bien parecia un serafín que un orador mortal. Al dirigirse al púlpito se veia obligado á ir acompañado

de una escolta de jóvenes fuertes y vigorosos que fueran abriendo paso, porque todos se daban prisa á tocarle cuando pasaba, y procuraban cortar un pedazo de su hábito ó arrancar á lo menos algunos hilos, que guardaban como preciosas reliquias. Despues del sermón venian los mas grandes pecadores á arrojarle á sus plantas pidiendo misericordia, y no habia bastantes sacerdotes para administrar el Sacramento de la penitencia. Oía cuantas confesiones podia, supliendo á sus fuerzas el ardor de su caridad, y le indemnizaban ampliamente del exceso de la fatiga los testimonios nada equívocos del arrepentimiento. Reconciliábanse los enemigos mas mortales; restituian los usureros sus sórdidos lucros; daban libertad á los deudores que ya mucho tiempo estaban encarcelados, y frecuentemente les perdonaban sus deudas; en una palabra, las pecadoras públicas rompian todas las cadenas que las tenían esclavas del demonio, y abrazaban las costumbres de las vírgenes mas recatadas.

Antonio, despues de esta incomparable mision, se retiró á un lugar poco distante de Pádua, á fin de entregarse enteramente á la oracion y á la meditacion de las cosas eternas. Allí se sintió repentinamente acometido de una enfermedad violenta, de la cual antevió que no saldria, aunque no contaba mas que treinta y seis años (1231). Hizo que le condujesen á Pádua; recibió los últimos auxilios de la Iglesia, juntó sus fuerzas todas para cantar los salmos acostumbrados al administrar el Sacramento de la Estrema-Uncion, y al cabo de una media hora dió tranquilamente su espíritu al Creador. Los muchos y esplendorosos milagros obrados en su sepulcro fueron causa de que se le colocase solemnemente en el número de los Santos antes de acabarse el año de su muerte, acaecida el 13 de junio que es el dia que se señaló para su fiesta (1232).